

Autorretrato



Como pienso ir pronto a Nicaragua, en busca de la tierra donde dejé el ombligo para dejar el resto carnal, y no quiero que se asusten mis amigos y sobre todo mis amigas, al verme, de pronto tan cambiado, allí va la realidad de lo que actualmente soy.

Desgraciadamente ya no perdura en mi cara la "eterna sonrisa" y mucho menos me parezco a la Gioconda. Han trascurrido ya treinta años desde aquellos tiempos, y he aumentado el peso en cuarenta y cinco libras. La cintura antes de treinta y seis pulgadas, ahora es de cuarenta y a veces de cuarenta y dos... Donde antes se dibujaba una sonrisa, hoy dos profundos surcos subrayan los mofletudos carrillos y la doble barba de gordura. El cabello está blanco, y aquel bigotito negro y cosquilludo es ahora un cepillo de grises pelambres: Incipiente calvicie me dibuja ya la coronilla, y la arterioesclerosis traidora me ha enturbiado el cristalino del ojo izquierdo, hasta el punto que apenas si veo sombras. El oído del mismo lado necesita que le griten para oír, y el derecho ya ni percibe el tic tac del reloj despertador.

Con el ojo derecho leo y veo lejos, pero ya me lagrimea más de lo usual y de lo que yo quisiera. Del porte de vaquero texano que se me achacaba, apenas si me queda, y aumentada, la pierna derecha patizamba que pide competir con las de mi general Chamorro... La nariz antes aguilena, ahora es ganchuda y se agacha y se agacha, en busca de la punta de la barba.

Me ufano de que sólo he perdido una muela, y de que tengo aún completos los dientes naturales con los que todavía como tasaajo salado y muelo caña de azúcar. Duermo como un lirón y padezco de un apetito que ya quisiera poder vender a tanto lechuguino sintético que por ahí trajinan.

Aún puedo hacer diez flexiones matutinas y tocarme la punta de los pies, y cabalgar doce leguas de una vez, pero ya el corazón pierde el ritmo, y a veces resopla un poco. Y lo más grave, amigos míos, es que, como el ilustre poeta español: "Ya sólo beso en la frente a las hijas de las mujeres que antes besé en la boca".

Vivo modestamente, pobre como siempre he vivido, creo en el Padre Nuestro que rezo todas las noches, y conservo el buen humor suficiente para reírme de tantos serios personajes como danzan en el tablado de Maese Anastasio.

Namasigüe, Honduras.

TORIBIO TIJERINO

Mi Pelea

TORIBIO TIJERINO

En la muy interesante y culta REVISTA CONSERVADORA he leído varios artículos de jóvenes ansiosos de saber la verdad de los hechos políticos acaecidos en los 18 años de mando del Partido Conservador y que a ellos han llegado deformados por los que tratan de defender lo que no tiene defensa.

Los partidos políticos nacen y se organizan según las necesidades de cada país y de cada época y se estructuran sobre las bases religiosas y sociológicas de cada pueblo y según sus tradiciones. Nicaragua, como dijo Darío: "Cree en Jesucristo y reza en español". Y por la necesi-

dad de establecer el orden después de treinta años de anarquía y desastres que culminaron con la Guerra de los Filibusteros, que tan seriamente amenazó nuestra nacionalidad, sus fundadores llamaron al Partido Conservador, Partido Legitimista, porque para un orden legal se necesita dictar las leyes cuyo cumplimiento crea la "legitimidad". El Partido Conservador tenía que establecer el Orden basado en el cumplimiento de la Ley y la Paz como consecuencia del mismo. Y la Libertad como derivación de ambos.

Cada vez que ha caído ha sido por la infidelidad de

sus dirigentes a sus principios básicos. Unas veces por incapacidad moral y otras por codicia de poder y soberbia, perturbadoras de todo recto pensar y obrar. Por eso cayó en el '93 y trajo como consecuencia los dieciséis años de la tiranía de Zelaya que los conservadores apadrinaron por puro localismo. (Recomiendo a la nueva generación conservadora la lectura cuidadosa del Diario Intimo de don Enrique Guzmán y allí verá la mezquindad de los directivos conservadores y de su fracaso del '93). Por esas mismas causas, más la ingerencia extranjera en nuestros asuntos internos, perdió el poder en 1925/1926. Los dirigentes conservadores perdieron la facultad de pensar y lo poco de inteligencia que les quedaba lo gastaron en estar adivinando los deseos del poder interventor, sin discutirlos siquiera, para caer en un sometimiento de voluntades y completo abandono de la vergüenza y virtudes de la masculinidad. Debo usar este lenguaje, quizás hasta rudo, para que la juventud sepa que no es cierto que nuestras penas fueran inevitables, porque fueron también los Conservadores "mengalos" los que entregamos a Nicaragua libre de todo compromiso con los explotadores extranjeros, recuperadas todas las propiedades nacionales y de pie la República ante la pretensión de dictarnos "a quién debía el ignorante pueblo nicaragüense aprender a elegir como buenos", según el decir de Roosevelt, el cazador de fieras y de pueblos.

Mi General Emiliano Chamorro, en su Autobiografía, habla de un portentoso telegrama mío a doña Cora de Benard que diz causó la renuncia de don Martín a la Vicepresidencia en la candidatura con don Diego, y atribuye a esta falta de aceptación de don Martín todos los males que ha sufrido el Partido en los últimos treinta y pico de años bajo la dirección política del General Chamorro. Acusa ligereza y falta de base atribuir a un telegrama, —que el General no vio nunca, sino que tercera persona le dijo conocer—, semejante importancia. Y es extraño que el General, durante más de treinta años no haya podido cerciorarse y haber preguntado a la misma doña Cora la verdad del cuento.

Los Tijerinos y la mayoría de la Directiva del Partido en aquel entonces, nunca aprobaron los devaneos reeleccionistas del General Chamorro ni nos opusimos a la candidatura de don Martín. Simplemente creímos entonces y seguimos creyendo aún, que don Diego Manuel Chamorro tenía ejecutorias y mayores capacidades para la Presidencia que don Martín, sin quitarle a éste sus propios méritos.

Don Martín no aceptó la Vicepresidencia, y lo dijo claramente su suegro don Manuel Lacayo, porque creía lo contrario, y si no se prestó para andar de la Ceca a la Meca con mi General en las propagandas, fue porque a pesar de su gran afecto por el General fue hombre suficiente para no prestarse a ser un Presidente pelele para fines ulteriores que no eran conformes a los principios fundamentales del Partido Conservador. Don Martín no creyó que el hecho de que el General, como dice en su Autobiografía, le pusiera el dedo en la mollera y dijera al pueblo: "Este es el hombre que he escogido para que me guarde el taburete presidencial", fuera una postura cómoda para quien sabe lo que vale.

La candidatura de don Diego era muy superior, en el corazón del Partido, para que el dedo de mi General pudiera hacer a un lado sus méritos propios. Podemos

decir que si ahora hay una pléyade de jóvenes conservadores que por su cultura, decisión y valor aseguran la supervivencia del Partido Conservador, es por obra de la previsión como estadista de don Diego Manuel Chamorro.

Al terminar el período presidencial del General Chamorro, el Partido Conservador estaba más que disperso. De las luchas internas quedaba un sedimento de resentimientos y desilusiones. Primero, la élite granadina perdió a Nandaine de donde salían los mejores soldados, con Mena como caudillo. Pocos años después, los heroicos guerrilleros del Mombacho, ya no peleaban como conservadores sino como liberales. Los amigos del doctor Cuadra Pasos, una de las cabezas de intelectualidad, estaban apartados. Los pininos reeleccionistas del General habían creado como reacción en su contra el fuerte núcleo Constitucionalista de Managua que reconocía como jefe al General Fernando Solórzano. La candidatura de don Diego logró unificar al Partido, acomodando diestramente a los varios grupos en un todo: el viejo Partido Conservador. Y además, abrió horizontes para una nueva organización en la que los "conservadores mengalos" con el "indito de Wiwilili" a la cabeza, pudimos sentarnos a la mesa sin tener que alquilar frac a la Sastrería Morales, de Granada, ampliando así la base popular de la pirámide.

La nueva administración tenía la tarea: a) De asegurar el fiel pago de capital e intereses del Plan Lansing, en el cual se estipulaba que si la República no pagaba hasta el último centavo en la fecha fijada, los prestamistas de don Adolfo podrían vender en subasta privada las acciones del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua, pignoradas en garantía. b) Preparar al país para la retirada de las fuerzas de ocupación extranjeras, creando un clima de convivencia política de los Partidos sobre la base de un programa de proyecciones patrióticas, no de simple repartición de puestos públicos, que hiciera imposible el retorno de los Marinos y sus consecuencias. c) Continuar la obra de la liberación de la "política del dólar" a que estábamos sometidos aún.

Implicaba todo esto una labor hábil y lenta para crear una conciencia en los pueblos, de intensa nacionalidad, por sobre los devaneos partidistas. Es decir, tirar al camino las muletas y hacernos "los arquitectos de nuestro propio destino".

Unificado el Partido Conservador se arreglaron las conferencias con la Coalición presidida por el señor José Esteban González, conferencias que marcharon perfectamente hasta un día en que la Oposición pidió suspender las pláticas, y los Delegados, doctores Gonzalo Pérez Alonso y Pedro González, me dijeron que la causa era que el Ministro Americano les había ofrecido elecciones libres, que ellos ganarían pero condicionadas al cese inmediato de las pláticas de arreglo. Resultaba que este considerable grupo de nicaragüenses estaba resuelto a supeditar su conducta a los deseos del señor Ministro, que no tenía por qué velar por los intereses nicaragüenses, sino por sus propios intereses y los de los paisanos que estaban explotando, hacía años, a Nicaragua. Además, tenían la experiencia de elecciones supervigiladas por los Marinos cuando instalaron a don Adolfo Díaz como Presidente Constitucional. Años después, el Mayor Butler, hizo las delicias en un banquete en Boston, contando

entre risofadas sus procedimientos. El Senador Smith, de Utah, miembro de la Comisión del Senado, comentó que lo sucedido le recordaba una novela de Dickens, creo que *Oliver Twist*, en la que un grupo de foragidos había adiestrado a un niño delgado a desgonzarse y penetrar por los estrechos tragaluces de las casas para quitar las trancas de las puertas y abrirlas al saqueo de la pandilla. *Oliver Twist*: Adolfo Díaz. Y desgraciadamente hay muchos que le disputan a don Adolfo sus habilidades de *Oliver Twist* para conseguir las migajas de sus amos.

De allí la inutilidad de pactos que no lleven como base la unificación de conciencias y propósitos del pueblo nicaragüense, de ser sobre todo y cueste lo que cueste, "los arquitectos de nuestro propio destino".

Es claro que en el Partido Liberal había multitud de jóvenes que no aprobaban la política de sus cobardes dirigentes y todavía el 24 de diciembre, cuando sólo faltaban seis días para que don Diego tomara posesión, hubo una conferencia privada de líderes liberales occidentales en mi casa de Managua, en la que don Diego manifestó que sus propuestas quedaban vigentes hasta quince días después de su toma de posesión; les hizo ver que ya nada tendrían que darle a él, sino la oportunidad de conseguir la unificación de conciencia como nicaragüenses, sobre todas las cosas. La segunda conferencia ya no se llevó a cabo, porque enterado el General Moncada los amenazó con denunciarlos ante el pueblo por sus tratos previos y les aseguró que el Ministro Americano, otra vez le había repetido su promesa de que don Diego no sería reconocido. ¡Por segunda vez obedecían, sin discutir, la sugestión del Ministro!

Don Diego inauguró su administración, siempre firme en su propósito de buscar la convivencia satisfactoria de los nicaragüenses alrededor de la bandera azul y blanca. Pero otros esperaban en las sombras. . .

En las últimas tres semanas de Diciembre, las relaciones entre don Diego y el Presidente Chamorro se habían enfriado, porque éste pretendía organizar el nuevo Gabinete sin atender a los compromisos contraídos por don Diego con los varios grupos conservadores que se habían sumado para unificar al Partido. Yo hube de servir, varias veces, de correveidile entre ambos jefes. Hubo de ceder don Diego en algunos puntos, siguiendo el consejo de San Pablo de que "ceda el hombre de su derecho con tal de tener paz".

Tomó posesión don Diego de la Presidencia y tres días después organizó su Gabinete con elementos representativos de todo el Partido. Mas enseguida sucedió lo inverosímil, lo inexplicable, y que venía a destruir la base ideológica del nuevo Gobierno. El diario *El Herald*, órgano del Partido Conservador, pagado y controlado por la Directiva presidida por el General Chamorro, abrió furiosa campaña contra el nuevo Gobierno de don Diego y contra varios de los elementos que habían sido sus más entusiastas sostenedores, y tratando de destruir lo que tanto había costado conseguir: la integración total del Partido Conservador en el Poder.

Como miembro de la Directiva y agotadas mis gestiones privadas, hube de enviar a la Secretaría de la Directiva, a cargo de don Carlos Báez, una nota solicitando una sesión de la mencionada Directiva con el fin de poner coto a tan descabellada conducta. Días después reci-

bí contestación del señor Báez, diciendo que había trasladado mi solicitud al Presidente de la Directiva, General Chamorro, y que éste había contestado que para hacer la convocatoria se esperara a que el General, —que estaba en los Estados Unidos—, hiciera el viaje a Managua para disponer lo conveniente. Esta terminante contestación evidenciaba que la campaña de *El Herald* era aprobada y sustentada por el General Chamorro, y no quedaba más que el hondo desconsuelo de ver la destrucción deliberada de un plan patriótico de Gobierno bajo los auspicios del Partido Conservador, unificado con tal fin. Y considerar que aquellos despechados e inconformes por motivos puramente personales, estaban capitaneados y protegidos por el Presidente de la Directiva, que con esa conducta demostraba su complicidad con los que esperaban en las sombras. Le aconsejaría el Ministro Americano al General Chamorro que matara la unidad de su Partido con su propia ponzoña? "Divide et impera". . .

Don Diego me había propuesto que aceptara un Ministerio, especialmente el de Gobernación, para asegurar la estructuración del plan de Gobierno de conciliación nacional proyectado, pero yo estaba convencido de que los múltiples errores cometidos anteriormente, sobre todo en asuntos económicos, se debían a la falta de preparación de nuestros Directivos, y yo, que desde la Cámara de Diputados había echado sobre mis hombros la pelea contra nuestros explotadores extranjeros, adueñados de todos nuestros recursos, sentía la honda necesidad de ir a los Estados Unidos a estudiar el por qué de nuestras vergonzosas desgracias en ese campo. Me había empeñado en leer varios libros al respecto y sobre todo, estudié detenidamente la famosa obra: *The American Commonwealth*, de Lord Bryce, la que me enseñó muchísimo respecto al pueblo americano, sus virtudes y sus defectos y las fuerzas ocultas que aprovechaban para sus egoístas depredaciones, la grandeza de aquella gran nación. Así fue que pedí a don Diego que me relevara del Ministerio ofrecido y me diera el Consulado de Nueva York.

Como el General Fernando Elizondo, que lo desempeñaba, era persona de toda consideración para don Diego y para mí, conseguí con el Presidente Chamorro que no nombrara Cónsul en Hamburgo a mi hermano Francisco, como se proyectaba, a fin de que al hacerse mi nombramiento, para el de New York el amigo Elizondo fuera trasladado a Hamburgo. Y yo salí para los Estados Unidos a estudiar y aprender. Pocos meses antes el General Chamorro había marchado a Washington como Ministro de Nicaragua.

En cuanto pude avanzar en mi inglés, me matriculé en la Escuela de la Universidad de New York, sita en el distrito financiero de la ciudad, y además, tomé un curso por correspondencia en el Instituto Hamilton que dirigía el doctor Jenks, representante del Departamento de Estado en las Juntas Directivas del Banco Nacional y del Ferrocarril del Pacífico. Yo no formaba parte de esas Directivas y mis primeros trabajos fueron los de hacer del Consulado una oficina de información y propaganda.

Que esta breve digresión de mi propósito de exponer las causas de la caída y pérdida del poder por el Partido Conservador, sirva sólo como estímulo para que la nueva generación se prepare debidamente para la lucha que nunca termina por nuestra querida Patria.

A mediados de 1923 recibí un radiograma de don Diego pidiéndome que fuera a Nicaragua a la mayor brevedad. Yo salí de New York para Managua al tercer día. En Nicaragua el Presidente me dio cita para las nueve de la noche y me advirtió que estaría completamente solo por tratarse de materia reservada.

Llegué a la hora fijada y don Diego me dijo que había recibido mis informaciones sobre el descubrimiento de la Insulina; que su enfermedad estaba muy avanzada, al grado que ya olvidaba fácilmente de lo que estaba hablando, etc., etc.; que estaba sacrificando su vida por el Partido, pues si él depositaba la Presidencia, se anarquizaría por la lucha interna y la determinación del grupo que quería sacar adelante la candidatura de don Martín Benard, costara lo que costara. Le repliqué que lo mejor era actuar dentro de la ley, llamando a don Bartolomé Martínez y al General Chamorro para que gobernaran de acuerdo, mientras él iba al Canadá en busca de la Insulina. Me dijo don Diego que esa era la dificultad, pues a don Bartolomé lo habían tratado muy mal los de su Gobierno y, por último, que don Salvador Chamorro había llegado al abuso de escribirle una carta solicitándole la renuncia de la Vicepresidencia, como si no hubiera sido electo por el pueblo para ese alto cargo.

Yo ignoraba esa situación estando lejos, como estaba, de Nicaragua, pero por mi amistad con don Bartolomé y conociendo la alteza de miras del mismo, le propuse llamarlo para tratar de explicarle y arreglar la situación.

Don Bartolomé correspondió a mi llamado y llegó al tercer día a Managua y me dijo que también él había sido postulado por su Partido, el Conservador, y que esas pequeñeces políticas no iban a hacerlo variar en sus determinaciones y antigua filiación. Como el mismo don Bartolomé estaba amenazado de diabetes le pareció mejor ir a hacerse un chequeo a los Estados Unidos y venirse de allá en compañía del General Chamorro para que don Diego pudiera, a su vez, ir al Canadá. Políticamente, lo único que pedía es que fuera nombrado un amigo suyo Jefe Político de Matagalpa, para que sus amigos no creyeran que los abandonaba.

Don Diego aceptó complacido y en nuestra presencia telefoneó al doctor Rosendo Chamorro, Ministro de Gobernación, dándole instrucciones y quedamos que al siguiente día a las ocho de la mañana iríamos a ver al doctor Chamorro para que hiciera el nombramiento de Jefe Político. Llegamos a la hora convenida y el doctor Chamorro nos dijo que había tratado el asunto con don Diego y que el nombramiento de Jefe Político de Matagalpa se haría tan pronto como el señor Martínez saliera para los Estados Unidos.

Se decía ya en los corrillos que algo se estaba tramando para impedir que don Bartolomé recibiera la Presidencia, caso faltara don Diego. Algo fatal se escondía en las sombras...

Lo único que hizo don Diego fue recomendarme que pusiera al tanto al General Chamorro en Washington de la verdadera situación y le pidiera que cuanto antes se viniera a Nicaragua para solucionarla. Al siguiente día de haber regresado a New York, fui expresamente a la Capital para poner al General Chamorro al tanto de todo y comunicarle el llamado de don Diego. El General me dijo que tenía algunos asuntos que arreglar, pero que en

dos semanas podría salir para Nicaragua, lo que no hizo esperando, según dice en su Autobiografía, conocer la opinión de sus amigos, que no eran los de camisa sino los de frac. Estos conspiraron para no entregar la Presidencia a don Bartolomé y como de costumbre fueron a pedir la venia del señor Ministro americano, quien en esta ocasión encontró acordes los intereses de su país con la paz y el orden en Nicaragua y les aconsejó cumplir con lo estatuido por la Constitución y dejar que don Bartolomé asumiera la Presidencia, como le correspondía.

Don Diego había muerto en medio de la consternación del país.

Ya habiendo tomado posesión, el Presidente Martínez declaró que no cambiaría Gabinete y esperaba la llegada a Managua de su amigo el General Chamorro para hacerlo de acuerdo con él.

El General llegó a San Juan del Sur en el crucero de guerra norteamericano Raleigh, y en vez de salir inmediatamente para Managua se quedó un día en el puerto. Mientras, una comisión de Granada, encabezada por el doctor Juan José Martínez, visitó a don Bartolomé y le ofreció su apoyo para que se reeligiera, . . . y faltaba un año para la elección! La misma tesis corruptora y anti-conservadora usada antes.

Al fin el General Chamorro llegó a Managua y el Presidente Martínez estuvo a recibirlo en la casa donde se hospedó y tuvo su primera conferencia con él, reiterándole su promesa de seguir una política en todo de acuerdo con su jefe y amigo.

Parece que el General no comprendió que eso no significaba una absoluta sujeción a su criterio en cuestiones de intereses personales, sino una colaboración sincera para volver a unir al Partido. Es evidente que don Bartolomé no iba a abandonar ni destituir a sus propios amigos y sólo firmar los nombramientos del General, aunque sin embargo, hasta cierto punto, accedió en algunos casos. Yo recibí un radiograma de don Max Borgen, buen amigo e íntimo del General Chamorro, diciéndome que no me moviera de New York porque pasaría a Washington. Lo que yo interpreté en lo que significaba: el General Chamorro no deseaba que yo llegara a Managua en esos momentos y como don Bartolomé no me había dicho nada y mi hermano Perfecto había sido de los primeros removidos de la Subsecretaría del Ministerio de Gobernación que ocupaba, me quedé en New York, pues al buen entendedor una señal le basta.

Pocos días después recibí un radiograma firmado por Chamorro, Zepeda y otros connotados conservadores en el que me pedían que yo fuera al Departamento de Estado a preguntar en nombre del Partido Conservador si les parecía correcto que don Bartolomé fuera REELECTO para el próximo período.

Es claro que el General Chamorro y don Adolfo Díaz sabían por propia experiencia que el Departamento de Estado tenía opinión contraria a la pregunta y que era una majadería hacerla sabiendo que la Constitución prohíbe terminantemente la REELECCION. Además, no era yo quien iría a hacerla. Don Manuel Zavala, conservador de abolengo y Secretario de la Legación de Nicaragua era el apropiado para esa comisión y quien tenía los entronques para obrar discretamente.

Decidí escribir directamente a don Bartolomé y darle mi franca opinión de que lo estaban engañando misera-

blemente; que todos esos señores sabían el No que les esperaba y que sólo estaban ganando tiempo para sus viejas intrigas. Que su misión era en ese año cumplir las obligaciones aún pendientes y dejar libre a Nicaragua de todas las obligaciones que aún la tenían atada a la tiranía económica de nuestros explotadores. Aproveché el viaje de persona de mi confianza para enviar la carta al Presidente Martínez, quien me llamó para que le informara personalmente de todo; además de que los banqueros, antes de venirse el General Chamorro, habían presentado la propuesta de un empréstito, haciendo uso de su derecho de prelación que tenían conforme a los compromisos del Plan Lansing, gestiones que el General Chamorro había trasladado al Consulado a mi cargo. Y, como de costumbre, los plazos se vencían al mismo tiempo de la elección. . .

Llegué a Managua rápidamente y conferencé con el Presidente desde las 7 a las 11 p.m. Don Bartolomé, con muy buen juicio y patriotismo, decidió convocar una Junta de los diferentes jefes de grupos del Partido, que lo habían estado alucinando con la reelección, tesis contraria al sentir del Partido y que daría pie para futuras acciones, tales como una acusación en el Congreso que lo declarara con lugar a formación de causa, etc.

Don Bartolomé convocó a los "capitostes" del Partido, los que se reunieron en la Casa Presidencial: Chamorro, Cuadra Pasos, doctor Zepeda, General Masis, Viquez, etc., y este humilde servidor. El Presidente nos dijo: "He hablado largamente con Tijerino y he llegado a la conclusión de que renuncio a toda pretensión y los liberto de sus compromisos de propiciar mi reelección, propuesta por ustedes y que no acepto. Mi Gobierno dará apoyo decidido en las elecciones al Candidato del Partido, pero sin llegar a la violencia, persecuciones, etc. Así que, pónganse de acuerdo respecto al Candidato y si es posible lleguemos a un acuerdo también con el Liberalismo para establecer una convivencia pacífica y patriótica.

Dos o tres de los concurrentes quisieron hacerme cargos por no haber cumplido con su pedido de ir a recabar la opinión del Departamento de Estado. Les repliqué que yo tenía el derecho de aceptar o no el encargo y ninguna obligación de obedecerles ciegamente. El General Chamorro le dijo al Presidente Martínez que lo usual en el Partido era que el Presidente decidiera la pugna entre los pretendientes y que él estaba dispuesto a aceptar el que el Presidente indicara. Pero los otros, especialmente el doctor Zepeda, protestaron y no aceptaron la tesis de don Emiliano porque creyeron que don Bartolomé, con mi llegada, estaba resuelto a designar al General y propusieron mandar al Congreso en consulta la legalidad de la reelección.

Al salir de la reunión, el doctor Zepeda se juntó en el Parque Central con su amigo el Diputado César Pasos y le aconsejó no aprobar la reelección al llegar ese asunto a las Cámaras. Mi hermano el doctor Antonio Tijerino estaba sentado en un banco al otro lado del seto, y oyó la conversación.

En la reunión de la tarde, yo narré lo ocurrido y puse al desnudo la intriga lo que afianzó más a don Bartolomé en su determinación de ser Presidente de verdad y seguir la política de redención de la Patria. Y se formó ese grupo de políticos quiétopes que creían en la soberanía y dignidad nacional.

Los barbilindos y los canosos viejos acostumbrados a solucionar en el Club de Granada los problemas políticos con cínicas burlas o indecentes epigramas, ya no hablaban del Presidente, ni de don Bartolomé Martínez, el viejo jefe conservador de las Segovias, sino sólo del "indito de Matiguás". Las antenas del General Chamorro se colaban en la guarnición presidencial averiguando con quiénes se podía contar en caso de que hubiera necesidad de salvar al Partido y entregar al país a la explotación extranjera. Mas don Bartolomé, calladamente, fue trayendo su gente, fiel y humilde, a servir en las guarniciones militares.

La pugna estalló abiertamente en el Congreso, en donde los conservadores "genuinos" se negaron a satisfacer los deseos del Presidente de tener como Designado a la Presidencia a un amigo de su confianza. Se tenía el plan de dominar totalmente el Congreso para en su oportunidad.

Fui a hablar con el General Chamorro para evitar mayor ruptura del Partido. Le propuse que nombrara el Designado al gusto del Presidente, como había sido costumbre para evitar cavilaciones y ambiciones disimuladas. Que se quedaran ellos con la Directiva del Senado y dejaran a los conservadores del grupo de don Bartolomé, la Cámara de Diputados, estableciendo así un armonioso control. No se había podido elegir Designado a la Presidencia por estar empatados los votos. Fui con el General al Senado y el doctor Martínez se negó a aceptar la propuesta. Hizo dar una declaración tonta en que manifestaba que el anterior Designado quedaba como tal y clausuró la sesión que era la última.

En casa del General le rogué arreglar el asunto de la Presidencia de la Cámara de Diputados, eligiendo a mi hermano Antonio, en quien don Bartolomé confiaba. Le dije que había un Diputado en su grupo que se les desertaría. El señor Castillo, que dirigía la política en la Cámara le dijo al General que no había tal, que esas eran cosas mías, y enseguida me hizo la ingenua pregunta de que si podía darle el nombre del traidor.

En la sesión de la tarde el Diputado doctor José María Borgen se pasó y fue electo Presidente de la Cámara. Era, según Castillo, un leal conservador, diputado por don Alberto Chamorro, cuyos numerosos juicios atendía en los Juzgados.

Insté nuevamente al General para un arreglo del Partido y le dije que el Presidente sabía de los varios planes en marcha para destituirlo y que hasta algunos hablaban de asesinarlo y que esto daría por resultado que para mayor seguridad el doctor Segundo Albino Román y Reyes, liberal zelayista, sería nombrado Ministro de Gobernación, para que en él recayera la Presidencia en caso de perecer don Bartolomé. Y así sucedió. El Partido Conservador prefería suicidarse, creyendo, lo mismo que el Partido Liberal, que era preferible llegar al poder con la ayuda del extranjero, sin medir el precio y las consecuencias de tal proceder.

Urgía atender al cumplimiento de la última fase de los compromisos del Plan Lansing, y el Presidente me nombró Agente Financiero en Nueva York para esa tarea. Sin sueldo y como un cargo anexo al del Consulado desempeñaría mis gestiones. Los banqueros, estando aún en Washington el General Chamorro, habían hecho uso de su derecho y propuesto un nuevo empréstito que, na-

turalmente, haría caer la fruta madura en su regazo. Era, pues, mi tarea preparar el último pago para libertar el Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua, no dejar un solo bono sin pagar y cancelar todas las obligaciones de Nicaragua con los banqueros de Nueva York, es decir, dejar a Nicaragua libre de todo compromiso y en posición de estructurar una nueva economía.

El trabajo era de paciencia y el día del vencimiento, sin estridencia ni bullanguería, cumplimos nuestra obligación a cabalidad. Me dí el gran placer de quemar con mis propias manos los últimos bonos de Nicaragua y recibir la certificación de que Nicaragua había cumplido exactamente todas sus obligaciones y que quedaba absolutamente libre de todos sus compromisos con los banqueros, de todos los onerosos compromisos desde la Presidencia de don Adolfo Díaz hasta la fecha y que costaron a Nicaragua tantas vergüenzas, sudores y sangre.

Fui a Nicaragua para dar cuenta de mi gestión y encontrar una fuerte corriente de opinión que quería que el Ferrocarril del Pacífico pasara a ser manejado por el Gobierno y un funcionario hasta tenía preparada la lista de las personas que se harían cargo de los puestos claves. En el Consejo de Ministros me opuse a semejante proyecto, porque el Ferrocarril que había estado manejado por una compañía americana y fiscalizada por contadores públicos tenía un valor reconocido en el mercado bursátil de New York, y por consiguiente, en caso de necesidad o para propósito del desarrollo de los ferrocarriles en Nicaragua, sin necesidad de contratos especiales e hipotecas, sus acciones serían recibidas como colaterales en cualquier Banco, y porque su manejo directo por el Gobierno causaría un demérito en su valor y la politiquería restaría fuerza a su buen manejo. Estando en período electoral este paso sería aún más peligroso. Preferible era dejarlo como estaba y nombrar la nueva Directiva con nicaragüenses de buena posición moral residentes en Estados Unidos y que la nueva administración dictara las leyes necesarias para dejarlo siempre como una Corporación autónoma, aunque el Gobierno no pudiera nunca enajenar más del 40% de sus acciones.

Mi proposición fue bien acogida por el señor Presidente Martínez y el Gabinete, y la Directiva fue integrada con dos nicaragüenses más de filiación liberal, los doctores Timoteo Vaca Seydel y Aníbal Zelaya, ambos profesionales, de buena posición y patriotas. No obstante, sin embargo, de que el doctor Román y Reyes concurrió como Ministro que era, al llegar al Ministerio de Hacienda con el Presidente Solórzano, insistió en deshacer la Directiva y la forma de Corporación. Hubo larga y tenaz lucha pero al final triunfó la tesis liberal del manejo directo del Ferrocarril, cuando los liberales llegaron al Poder. Claro está que el Ferrocarril ahora es un mamarracho que apenas da para mantenerlo en precaria situación.

El Presidente Martínez, como sucesor de don Diego Manuel Chamorro, había cumplido con el segundo postulado señalado por éste como metas a alcanzar en su administración, y esta vez, Dios Todopoderoso, que protege a los desvalidos, nos dio la oportunidad para completar la obra, pues el Banco Nacional que, manejado por los banqueros, sin ninguna vigilancia del Gobierno, ni más ley que la concesión otorgada en el amanecer del gobierno de don Adolfo Díaz, era una espina clavada en el corazón de nuestra economía y acaparaba toda la vida económica de

Nicaragua, fue puesto en liquidación junto con los otros Bancos que ellos controlaban en otros países suramericanos. En cuanto me informé de ello, fui a ver a los liquidadores que también se encontraban en la dificultad de venderlo por el hecho de que la Concesión establecía que el Departamento de Estado nombrara un Director del Banco con el propósito, se decía, de salvaguardar los intereses minoritarios de Nicaragua. Por supuesto que los mayoritarios se agenciaron para que el nombrado por el Departamento, aunque reconocido economista y Profesor, fuera siempre escogido por ellos.

Ya la liquidación estaba hecha numéricamente sobre la misma base que rigió para los otros Bancos, o sea por el monto de los créditos y haberes efectivos y sanos, y un arreglo por mitades de las cuentas malas o dudosas. Propuse a los liquidadores, encabezados por Mr. R. F. Loree, del Guaranty Trust, —que ni siquiera sabía el lugar geográfico donde estaba ubicada Nicaragua—, me diera una opción de 90 días, que por las circunstancias yo pedí que fuera absolutamente secreta. Mr. Caley que estaba en Bluefields en camino para New York, recibió instrucciones de regresar a Managua y esperar allí instrucciones, pero sin decirle ni media palabra del negocio.

Con la opción en el bolsillo fui al siguiente día al Departamento de Estado para ver si no había objeción de su parte, ya que ellos participaban en el manejo y habían sido parte de gran influencia en la obtención de la leonina Concesión. Las pocas veces que por mi cargo huí de ir al Departamento de Estado, siempre me las ingenié para hablar con el Secretario mismo. Esta vez presenté el caso al señor Hughes y le mostré la opción. El solamente me preguntó si Nicaragua haría la compra al contado y al contestarle que sí, me dijo: "Señor Tijerino, no solamente le doy mi aprobación sino que lo felicito cordialmente y le deseo completo éxito".

Como de costumbre, estaba presente el Oficial Mayor para asuntos centroamericanos, por lo que me permití insinuar al señor Secretario que, siendo la opción absolutamente secreta, para evitar que la operación se convirtiera, dada la situación política electoral, en bola de balompié, le rogaba dar sus instrucciones al Oficial Mayor allí presente para que no se colara la noticia a ninguna parte, menos a Nicaragua. El Secretario dio inmediatamente sus órdenes y así fue cómo en Nicaragua nadie sabía nada, excepto el Presidente y el Ministro de Hacienda, que lo era mi hermano Perfecto, quien debía preparar los fondos para hacer uso de la opción al llegar yo a Nicaragua.

La noche de mi llegada a Managua, tuve una conferencia privada con don Bartolomé para mostrarle todos los Balances del Banco y demás documentos pertinentes. El Ministro de Hacienda presentó la lista de los fondos disponibles y faltaban para hacer la operación, muy temprano del siguiente día, cosa de 200 mil córdobas. Pero el Gobierno tenía un fondo especial de Instrucción Pública de cerca de 300 mil, mas desgraciadamente no estaba en la Capital el Ministro, don Pablo Hurtado, que tanto respeto y consideración nos merecía, y fue con gran reluctancia que el Presidente autorizó el uso de ese fondo. Ante mi argumento de que estaba seguro que don Pablo, un patriota, no vacilaría en autorizarlo también si estuviera presente, además de que el uso de ese fondo sería solamente de unas dos o tres horas, ya que inmediata-

mente que el Banco fuera totalmente de Nicaragua le haríamos un préstamo al Gobierno para reponer ese fondo de Instrucción Pública. El Subsecretario, señor Pedro Joaquín Chamorro también estaba ausente esa noche en Granada, y él, sin duda alguna, hubiera aprobado gustoso la transacción.

Al siguiente día, cuando se abrieron las puertas del Banco, ya estaba yo esperando con todos los documentos necesarios y una carta de los dueños del 51% de las acciones del Banco y de la Compañía Mercantil de Ultramar, ordenando al señor Caley que contra la entrega del monto convenido, desde ese momento considerara al Gobierno de Nicaragua como dueño de la totalidad de ambas entidades y, por consiguiente, obedeciera las instrucciones del Ministerio de Hacienda.

El señor Caley se sorprendió mucho y me dijo que unos minutos antes él habría apostado todo su capital a que el Banco nunca pasaría a ser del Gobierno y enseguida llamó al doctor Zepeda, abogado del Banco, para hacer la entrega. El doctor Zepeda, más sorprendido aún, dijo que él no firmaría nada si antes el Gobierno no daba una constancia de que no haría ningún reclamo a los banqueros Seligman & Cía. por el manejo del Fondo de Cambio. Aunque los mencionados señores ya no eran dueños de nada en el Banco, y al traspasar sus acciones traspasaban activo y pasivo, comprendí que lo que el doctor Zepeda deseaba era poder salir para hacer bulla, como se verá más adelante. El reclamo era baladí, teniendo en cuenta que el Gobierno jamás fiscalizó las cuentas del Banco y que tendríamos que ir a pedir justicia a los tribunales de New York. Lo importante no era un millar más o menos de córdobas sino la satisfacción de libertarse de la fatídica Concesión Bancaria que nos ataba por 90 años. Así es que accedí y el traspaso se llevó a cabo.

Pedí al señor Caley su continuación en la Gerencia mientras organizábamos la Directiva en New York y se emitían las leyes correspondientes. Le rogué también que equipara dos ventanillas más para pagar inmediatamente todos los cheques y retiros de fondos que el público solicitara. El Banco tenía amplios fondos en los depósitos del Gobierno para pagar hasta el último centavo. Sabía que los funcionarios americanos que en provecho propio nos venían explotando, validos de sus puestos directivos en el Gobierno y en estrecha combinación con los miserables nicaragüenses que vivían de recoger las migajas del festín, hablarían de descalabro del córdoba y que pronto tendrían que regresar a sus tierras como simples ciudadanos y no como amos y señores de nuestras desgracias toderías. Y así fue.

Salí del Banco, sin embargo, con la risueña sensación del gato que se comió el canario, y fuí a la Casa Presidencial.

Ya los americanos que veían perder sus canongías y sus aliados nicaragüenses corrían por las calles sembrando la alarma, anunciando que el córdoba se iría al suelo y a los que tenían bonos que los estaban comprando al 305%. Al pasar por casa de uno de los principales exportadores de café, amigo mío, me llamó y me dijo de la desconfianza de los depositantes. Por respuesta le mostré el Balance Básico del Banco a la fecha y le dije que ya habían tres ventanillas más para pagar hasta el último depósito particular y que nos sobraría creo que

más de un millón en Caja, pues bajo presión mía, hacía menos de un año, el Banco hubo de abrir la venta de giros; que la moneda tenía un respaldo del 60% en oro físico y que pronto, con el producto de la venta de giros, y los intereses por los fondos depositados, a la vuelta de un año el respaldo subiría automáticamente al 80%.

Los depositantes asustados retiraron menos de 60 mil córdobas, y, ya en calma, nadie siguió retirando fondos.

En Casa Presidencial supe que Mr. Roscoe Hill había estado donde don Carlos Solórzano, fuerte tenedor de bonos internos. Le aconsejé al Presidente que llamara a don Carlos y a Mr. Hill y les dijera que ellos habían comprado sus bonos al 30% y que el Gobierno se los compraría ahora al 40%. El Presidente lo hizo, hubo balbuceos de parte de esos señores, más no quisieron vender sus bonos con tan segura ganancia.

Mas fue desconsolador recibir dos días después copias de sendos cablegramas enviados a las oficinas del Cable en San Juan del Sur y suscritos, uno, por directivos liberales encabezados por el doctor Julián Irías, y otro, por directivos conservadores encabezados por el General Emiliano Chamorro, dirigidos ambos al Departamento de Estado pidiendo que no aprobara el traspaso al Gobierno de Nicaragua del Banco Nacional.

Confieso que no se me ocurrió entonces palabra para calificar la conducta de tamaña monstruosidad. No sólo la falta de dignidad, sino también, lo monstruosamente tonta. El Plan Lansing que permitió la liberación del Ferrocarril del Pacífico, fue el principio de la decisión del Gobierno Americano de liquidar la Política del Dólar en sus más groseras manifestaciones y ahora había dado su cordial aprobación al traspaso del Banco porque encajaba en sus nuevos procedimientos.

Don Diego había preparado un programa de conciliación de los Partidos, un plan común de liberación de la Patria que cumpliría cualquiera que fuera el Partido que estuviera en el Poder. Había base en aquellos días para presagiar esa postura y fue arruinada la perspectiva cuando el propio Partido Conservador atacó al Gobierno de don Diego, con más saña que si hubiera sido liberal, y por supuesto, nada podía hacerse si el propio Partido en el Gobierno había adoptado una conducta de deslealtad y oposición al Gobierno de don Diego. Y ahora esos mismos Partidos, en caminos paralelos, pedían que les volvieran a poner los grilletes de la esclavitud. Ya se verá más adelante cómo el Ministro Román y Reyes cumplió esos postulados esclavistas.

Obsesionado yo con el propósito de aprovechar toda oportunidad de seguir liquidando la situación creada por los entreguistas de 1912, dí poca importancia, por razón de mis afanes, a los enredos políticos de aquellos días.

En uno de mis viajes a Managua encontré ya arreglada la candidatura de don Carlos Solórzano con el apoyo liberal. El Presidente Martínez me refirió las circunstancias que lo habían llevado a esa solución y me dijo que privadamente don Carlos le había ofrecido que si para llegar a un arreglo con los conservadores del General Chamorro, era necesario su renuncia a la candidatura, con gusto lo haría. Por su parte, los liberales también habían convenido en aceptar cualquiera otra candidatura conservadora, a excepción de la del General

Chamorro. Me pareció buena la situación para una convivencia general de los Partidos y una elección con el consentimiento unánime de los nicaragüenses.

Me pareció que el veto para el General era una jugada para obtener mayores ventajas por aceptarlo. En su primera Administración constitucional, en la cual fui su escribiente de confianza, y don Bartolomé su Subsecretario de Gobernación, el General Chamorro dio muestras de una gran ecuanimidad, respetó todas las libertades y garantías otorgadas por la Constitución, excepto en el campo electoral, donde no hubo palos ni ultrajes, sino vivezas. Y también había habido considerable honestidad en el manejo de los dineros públicos. No había contra su persona el temor de un gobierno de arbitrariedades.

Don Bartolomé me propuso que yo fuera a Granada para poner en su conocimiento lo anterior y proponerle un arreglo. Textualmente me dijo: "Dile a Emiliano que yo me he opuesto a la candidatura de Benard porque lo considero sin capacidad ni energía necesaria para el ejercicio de la Presidencia, pero en mi afán de unificar al Partido Conservador, estoy dispuesto a apoyar y hacer que los Liberales acepten a cualquier candidato que él indique, inclusive don Martín".

Me pareció que la situación era brillante y que los nicaragüenses íbamos a arreglar nuestros asuntos sin presiones interesadas y extrañas a nuestros problemas. Inclusive si don Emiliano se empeñara en su candidatura, ya era cuestión de toma y daca en la que el Partido Conservador compacto y en el Gobierno tenía cierta supremacía en las negociaciones.

El General Chamorro estaba en Granada y le telefoné para anunciarle mi viaje por el tren de la mañana, y él quedó de esperarme. Enseguida fui a ver al doctor Zepeda, que guardaba aun cama por un ataque de tifoeida, y siendo uno de los dirigentes del grupo emilianista le planté el problema político del momento y le pedí su apoyo. En cuanto yo salí de su casa, el doctor Zepeda llamó a Chamorro y le dijo que de ninguna manera debía recibirme, pues con sólo que ciertas personas supieran que había conferenciado conmigo, todo lo conseguido quedaría cancelado.

Cuando llegué a Granada al siguiente día, encontré recado del General Chamorro de que se había visto obligado a salir de la ciudad. Como yo ya sabía de la conversación del doctor Zepeda con el General Chamorro por el telefonista que la captó, no tuve menos que reconocer que el Caudillo había dejado de serlo, que era sólo un mito y que ahora era un pobre pelele en las hábiles manos de don Adolfo Díaz y el doctor Zepeda, y que éstos ahora le decían con quién podía hablar y con quién no.

El doctor Zepeda salió dos días después para Estados Unidos y según dice el General en su Autobiografía, su misión era conseguir que el Gobierno Americano no diera su reconocimiento al conservador don Carlos Solórzano al ser electo o al tomar posesión de la Presidencia. Los comentarios huelgan y dejo a los jóvenes conservadores de ahora el juzgar por qué el Partido ha estado 30 años caído, cada día perdiendo las batallas y perdiendo también el honor que salvó Francisco I de Francia. El Partido

Conservador ha estado dirigido por una colección de los Grandes Pachecos de Queiroz.

El Partido Liberal había estado solicitando del Departamento de Estado que mandara a sus profesores de Democracia, el cuerpo de Marineros, a hacer las elecciones en Nicaragua. El Partido que había gritado tanto contra la Intervención, ahora humildemente pedía que los Estados Unidos cercenaran la soberanía nicaragüense y se erigieran en árbitros de la política.

"Es una tontería", dijo Washington en su discurso de Despedida, "que una nación crea en favores gratuitos de otra nación", y también dijo que las pasiones políticas desbordadas daban lugar a las más grandes monstruosidades en perjuicio de la Patria.

Así es que los liberales que pedían entregar a una nación extranjera el derecho, por imperfecto que fuera de elegir a sus gobernantes, con su solicitud entregaban la soberanía nacional.

Ya los políticos que querían la Presidencia no necesitarían ganar la voluntad popular, sino congraciarse con los grandes electores extranjeros. Los candidatos ya no necesitarían tener aunque fuera la minoría, sino ganarse la albarda en las antecámaras de la Legación Americana.

Don Bartolomé tenía en su Gabinete dos Ministros, entusiastas partidarios de que el Presidente Martínez entregara al país: el de Relaciones Exteriores, Ingeniero don José Andrés Urtecho, que entraba por derecho propio a las antecámaras, y el doctor Román y Reyes, de Gobernación, representante del viejo sistema zelayista. Ambos indujeron al Presidente para que trasladara la nota del Gobierno Americano a los Partidos y les pidiera su opinión, es decir, que abrieran un certamen de servilismo para obtener como premio el ser capataz de los nicaragüenses. Comprendí la sucia jugada y el lavado de las manos de Herodes! Rogué al señor Presidente me diera permiso para ir a Nicaragua y que no tomara decisión alguna sin esperar mi llegada.

Por supuesto que encontré a don Bartolomé con el mismo alto principio de patriotismo del "indito de Matiguás". Le hablé que él y sólo él era el guardián de la soberanía e integridad de Nicaragua; que él y sólo él tenía la obligación y los medios para defenderla. Le demostré que la aceptación de la propuesta de entregar a extranjeros la autoridad para ejercer la más importante función de una democracia era, absolutamente, una violación de la Constitución, un golpe de estado, que ni siquiera sería una enseñanza para los nicaragüenses, y que la nota de los Estados Unidos era una simple propuesta no un ultimatum y que estaba libre de aceptar o no.

El Presidente me escuchó tranquilamente y al terminar mi alegato me dijo que él siempre había pensado lo mismo y que está resuelto a no aceptar. Que convocaría una reunión del Gabinete para el siguiente día en la tarde, pero que nuestra conversación la mantuviéramos en absoluto secreto. Le pedí que me permitiera llevar a la reunión a nuestro buen amigo don Max Borgen, quien a su vez tenía la confianza del General Chamorro para que tomara parte en la reunión y refiriera al General la resolución tomada para que cambiara de rumbo político.